

hijos, cartas, papeles, alhajitas, libros manchados de sangre, que me guardaba mucho de limpiar.

»Cuando acabó la guerra emprendí una larga peregrinación; fui á ver á esas madres, y cuando las presentaba mi cruz de sacerdote, esta cruz sobre la cual habían puesto sus hijos los labios agonizantes, parecía que querían comérsela á besos, como si en ella buscasen la huella del beso de su hijo.

»Un día una de esas madres me ofreció para mí, para mis pobres, para mis obras, toda su fortuna á cambio de esta cruz.

«¡Ay!—la dije—pobre señora, esta cruz no me pertenece. Es de todas las madres á cuyo hijo pude consolar. Es para mí un tesoro precioso, del que no soy más que depositario.

»Por esto, ahora que estoy en Saint Cyre, cuando los jóvenes alumnos ascienden á oficiales y se separan para incorporarse á sus regimientos, diseminados en toda Francia, acostumbro á decirles siempre:—«Hijos míos, id á ver á vuestra madre; arrodilláos ante ella y decidla, clavando bien vuestros ojos en los suyos: «Mamá, te quiero mucho.» Y aún podeis añadir: «Mamá, te adoro» Dios es bueno y no se incomodará si exagerais algo para poner á vuestra madre sobre todo.»

SECCIÓN AMENA



¡AITONCHUA!

Beti ardua eraten
moškortuko da, aita.
—Orreatikan daukat
orrelako gaita,
Bakarrik eraten det
astegun ta jaita
gazta jatian, bañan
ez jatian.... ¡baita!

MARZELINO SOROA.

